

RODRÍGUEZ NEIRA, T. (2010) *Los cristales rotos de la escuela*. Barcelona, Ediciones Sello Editorial.

En pocas ocasiones he tenido la satisfacción de leer y pensar académicamente con sentido de la oportunidad, esta vez sí, aunque el autor no lo sospechara cuando pensó y escribió este libro; explicaré por qué.

Nadie se atrevería a negar –hago este comentario a la obra del profesor Rodríguez Neira en junio de 2010– que en estos momentos estamos desmontando muchas concepciones y varias realizaciones de la sociedad de ayer. Algunas teorías y muchas malas prácticas en economía, en finanzas, en modos de gestión de instituciones y organizaciones públicas y privadas, en formas y hábitos de vida individual y colectiva... están quedando al descubierto y hoy, no sabemos si también mañana, las vemos y hablamos de ellas como perniciosas, simplemente porque se han manifestado insostenibles en el tiempo. Más aún, ya

es posible hablar de ellas, someterlas a valoración y crítica, sin que te apunte el dedo dominador o cómplice, sin tener que redoblar esfuerzos y argumentos para justificar el mero hecho de cuestionarlas, simplemente porque la evidencia es la única prueba irrefutable.

Es como si la sociedad de nuestro tiempo hubiese traspasado el monto de diseños, artificios e ingenierías, materiales y conceptuales, sobre las que veníamos construyendo la dinámica económica y social y, de repente, empezara a tomar conciencia de que no todo, pero buena parte del edificio levantado fuera solamente eso, mero diseño, artificio e ingeniería financiera, social y política. O sea, castillos en el aire.

Tendrá que pasar tiempo para que la otra economía y la otra sociología digieran estos hechos y rehagan sus discursos con un poco más de consistencia, lo que servirá de estímulo para que otras disciplinas próximas, entre ellas la pedagogía, procedan a repensar algunas teorías y muchas malas prácticas que también en educación venimos haciendo, porque ¿no estará ocurriendo algo parecido en la escuela, sin que por ahora tampoco aquí nos atrevamos a levantar la voz lo suficiente para evitar plumas y dedos acusadores de una serie de retahílas abiertamente trasnochadas pero siempre fáciles y dispuestas a hacer acto de presencia?, ¿estará lejos el día en que tomemos conciencia generalizada de que la escuela construida en los últimos tiempos se ha levantado sobre «meras conjeturas, proclamas pedagógicas y puros maquillajes verbales» (18), unos sobre otros, de una y otra ideología? Y ese día, ¿qué

haremos, dónde iremos a buscar el fundamento de la escuela del siglo XXI?

Éstos son algunos de los interrogantes que pone en juego la obra que estamos presentando. Mejor dicho, el autor defiende que ese escenario, ese momento y situación ya ha llegado, que la escuela de ayer está hecha añicos, después de un largo recorrido de autonegación, reorientaciones constantes y desconcierto progresivo, y que en su lugar no se ha levantado ni se está construyendo nada merecedor de tal nombre.

La escuela, como institución entregada al fomento y extensión del proceso de enseñanza-aprendizaje de un conocimiento considerado y admitido como mínimo y valioso por su nivel de generalidad, ha desaparecido y, efectivamente, puede verse, doscientos años después, como un proyecto fallido de la Ilustración, una cuestión que la modernidad dejó pendiente y que las sociedades postmodernas no saben muy bien cómo afrontar o, en el caso de que lo sepan, no quieren hacerlo, sobre todo porque la educación entre nosotros se entregó, hace mucho tiempo ya, en manos de instancias políticas y económicas que, contrariando las leyes de la física, se abrazan mutuamente aunque se repelan, si es que hubo algún momento en que no lo estuviera. Y todo ello con mucho más ahínco en la llamada Sociedad de la Información.

Quizás esta interpretación del autor sea excesiva, en cuanto que roza una lectura finalista de la historia, pero no es fácil disentir de su tesis cuando, con rigor y criterio histórico, demuestra que la escuela moderna está hoy puesta en

cuestión porque ha abandonado progresivamente algunos principios básicos como el valor del conocimiento o la búsqueda de la autonomía personal y, junto a ellos, otros valores primarios que resultan consustanciales para la educación, como la disciplina y el esfuerzo.

El profesor Rodríguez Neira conoce bien las corrientes filosóficas de los últimos dos siglos que, una tras otra y sin pretensión alguna de continuidad y mínima integración, bambolean la escuela con propuestas alternativas «imposibles de conciliar» y a las que se agarran y reverberan los actuales grupos de interés hoy ya pseudoideológico sin prejuicio alguno, ni siquiera el más demoledor para un científico, intelectual o mero representante político, la contradicción: «...lo más llamativo de estas circunstancias se produce cuando la razón, la ciencia y el conocimiento están presentes y al mismo tiempo se niega su valor» (142). Lo que se niega a la escuela se pide a la sociedad, en los momentos en los que todas las sociedades miran a la ciencia para resolver algunos de los muchos problemas que tenemos arrecian las críticas a las propuestas que quieren volver a cimentar el edificio escolar sobre el conocimiento. El escepticismo y el relativismo han pasado a ser la moneda de cambio de las intermedias y jóvenes generaciones mientras las sociedades maduras están pidiendo conocimientos y formas de acción más consistentes.

Compartimos el *leitmotiv* de esta obra, el conocimiento como justificación de la enseñanza y el aprendizaje escolar. Compartimos también su preocupación por «aquellas respuestas de

los teóricos de la educación que nos introducen en un mar de confusiones» (178). Desde luego, no volverá la escuela que en un momento del libro le lleva a decir a mi querido profesor y amigo que «en un lugar escondido de la tierra, yo aprendí a soñar y a disfrutar imaginándome pueblos imposibles» (180), él y otras muchas generaciones lo hicimos en esas condiciones. Pero una escuela donde vuelva a ponerse en valor el conocimiento, el aprendizaje y la enseñanza, como mecanismos e instrumentos imprescindibles para la configuración y desarrollo del ser humano; una escuela donde se diferencie entre lo que merece y debe ser aprendido y enseñado precisamente en un escenario escolar, sea cual fuere su configuración, y lo que puede aprenderse en otros sitios y medios; una escuela, en fin, abierta a los mínimos conocimientos y formas de vida, de ayer y de hoy, de aquí y de allá, que hacen posible el desarrollo y la convivencia entre los pueblos, una escuela así es posible y necesaria.

Lo difícil es conciliar intereses hasta identificar esos mínimos conocimientos de aquí y de allá, de ayer y de hoy. Como decíamos hace poco, precisamente en el entorno que le ha servido al Dr. Rodríguez Neira de escenario de pensamiento, hay aquí dos cuestiones implícitas que conviene verbalizar cuanto antes: una, que a determinada edad hay algo específico que aprender y algo específico que debe ser aprendido y, otra, que, también a determinada edad, hay algo que la sociedad tiene derecho a enseñar. Lo que implica otra cuestión más importante todavía: que estamos obligados

a clarificar el difuso estado en que se encuentra hoy, en esta rimbombante Sociedad de la Información, la infancia y la adolescencia, obligados a redefinir la nada fácil relación que en las sociedades postmodernas se establece entre los adultos y ese ser tan particular que es el niño. Otra tarea que nos dejó inacabada la modernidad y que en ella estamos.

Ángel García del Dujo